

Cardenal Cristóbal López Romero, salesiano
Arzobispo de Rabat (Marruecos)

El cardenal Cristóbal López Romero nació en Andalucía, creció y se formó en Cataluña y a los 32 años partió como misionero a Paraguay (donde permaneció 18 años), después estuvo en Marruecos (8 años) y volvió a Latinoamérica, concretamente a Bolivia (3 años y medio) y a España (3 años y medio también), para, finalmente, recalar de nuevo en Marruecos, esta vez como arzobispo de Rabat.

Muchos se admiran ante su itinerario misionero, pero él dice que, si de visitar y vivir en diversos y exóticos países se tratara, entonces muchos diplomáticos, deportistas, comerciantes, artistas, militares y aventureros “me ganan y con mucho. Y es que ser misionero no es una cuestión geográfica. En realidad, todo cristiano es -¡debe ser!- misionero. Independientemente de donde viva; allí donde esté o donde las circunstancias de la vida le lleven”.

¿Misionero? ¿Dónde? ¿Por qué? ¿Para qué?

Antes de salir de España para ser misionero en otro lugar (algo que deseaba desde mi adolescencia), me dije a mí mismo: “Cristóbal, si no eres misionero en este barrio (La Verneda, de Barcelona, y La Perona, un barrio de barracas con absoluta mayoría gitana) en el que Dios te ha puesto, no serás misionero en ninguna parte”. Me propuse serlo e hice todo lo posible durante los 11 años que allí viví. Guardo un recuerdo imborrable de esa “misión” en plena Ciudad Condal.

Los cristianos somos misioneros por naturaleza; si no, no somos seguidores de Cristo, el primer misionero, el Misionero con mayúscula, el enviado por el Padre al mundo, no para condenarlo, sino con la misión de salvarlo. De esa Misión participamos todos.

¿Y por qué, entonces, cambiar de lugar?

Hay motivaciones teológico-bíblicas, como el hecho de escuchar a Jesús diciendo: “Id por todo el mundo y anunciad la Buena Nueva a toda la creación” (Mc 16m 15), o también: “Vosotros seréis mis testigos, en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los límites de la tierra” (Hechos 1, 8). Eso bastaría para que a cualquiera se le despierte el gusanillo de querer hacer el petate y salir a correr mundo... con el Evangelio en la mochila... y aún más en el corazón.

Sin descartar lo dicho más arriba, a mí te tocó mucho un “argumento-razonamiento” sociológico. En mi

experiencia familiar, en mi niñez de barrio popular, en mis estudios de magisterio y filosofía, en la apertura al mundo de la juventud, descubrí lo que se manifiesta a cualquiera que no esté ciego: que el mundo está mal repartido y peor organizado, que hay gente que muere de hambre (¡eran millones en los años 50-80... y siguen siendo demasiados actualmente)... mientras otros mueren de indigestión y de obesidad. En breve y simplificando las cosas: que el mundo se divide en ricos y pobres, en países enriquecidos y países empobrecidos.

Me rebelé interiormente ante esta situación endémica y estructural de injusticia. Y escuché que el obispo Helder Cámara decía: “**Nosotros nos resignamos ante la voluntad de Dios, no ante la injusticia de los hombres**”. Sentí la obligación moral de hacer algo (o mucho, todo lo posible) por cambiar el mundo y hacerlo más cercano al dibujo que Dios había hecho de él. Pero descubrí que esa era una tarea imposible para mí solo e inalcanzable durante la existencia de una persona.

Entonces me dije: “*Si no puedo cambiar el mundo y resolver los problemas que lo aquejan, quiero por lo menos vivir del lado y al lado de quienes sufren esos problemas y no de quienes los provocan; quiero estar y trabajar con los más desfavorecidos y, si es posible, abrazar su destino y modo de vida, luchar con ellos para salir de la situación en la que la vida les ha puesto, compartir sus sufrimientos y esperanzas*”.

Por eso me puse a disposición de mis superiores, con una disponibilidad amplia y total; y la cosa desembocó en mi destino a Paraguay. Pero si me hubieran dicho que tenía que quedarme en Barcelona, o ir a otro lugar, lo habría hecho... porque la injusticia social está, por desgracia, en todas partes y la división en clases se reproduce en todas las sociedades. Por lo tanto, la lucha por un mundo más justo, más fraterno y más igualitario se puede y se debe llevar en cualquier lugar.

Pero, ¿eso es ser misionero?

¿No es eso, acaso, activismo político? ¿No se trata de acción social, más propia de las ONG y de ciertas asociaciones que de un misionero católico?

El ser misionero no depende tanto de lo que haces, sino más bien de por qué lo haces, o mejor todavía, por quién lo haces. Dos personas pueden estar dedicándose a la alfabetización de adultos en un barrio miserable; los dos hacen la misma tarea; uno trabaja por Jesús y su Reino, y el otro no tiene absolutamente esa motivación. El primero es misionero, el segundo, no... Aunque los dos hagan la misma tarea, muy loable en ambos casos.

El cristiano es misionero si asume su vida como una misión, la de Cristo: anunciar y construir el Reino de Dios, que es un Reino de paz, justicia, libertad, vida, verdad y, sobre todo, AMOR. Bueno, si quieren, añadamos solidaridad, fraternidad, gratuidad...

No se "misiona" sólo con la boca, sino con la vida entera, con el testimonio, con el ejemplo, en el esfuerzo por transformar la realidad de manera a posibilitar una vida digna a toda persona humana, una vida digna de los hijos de Dios.

Por Jesús y por el Evangelio, mi vida es una misión al servicio del Reino en la persona de mis hermanos.

En el párrafo anterior he explicado el porqué de mi ser y sentirme misionero, la motivación para serlo en cualquier parte del mundo. Vayamos ahora al para qué de la misión: el Reino.

"Yo no trabajo para la Iglesia"

Sí, la finalidad es el Reino. Extraña e incluso escandaliza a muchas personas escuchar que un obispo dice: "Yo no trabajo para la Iglesia". Y, sin embargo, es totalmente cierto. Yo no trabajo para la Iglesia,

sino que, en Iglesia (en comunidad) y como Iglesia que soy y de la que formo parte, yo trabajo por el Reino. La Iglesia es el medio; el Reino es el fin. La Iglesia es el punto de partida y el ambiente de trabajo, pero el punto de llegada y el objetivo es que el Reino crezca; crecimiento que no es cuantitativo, sino cualitativo: cambio de estilo de vida, transformación de la existencia, mejoramiento de las condiciones de vida y de las relaciones humanas...

La Iglesia, como Cristo, debe estar descentrada de sí misma. Cristo no vivió para Él mismo, sino para Dios y para los demás. Fue "el-hombre-para-los-demás", como alguien lo definió. Siguiendo a Cristo, la Iglesia no debe ser "autoreferencial", el Papa Francisco no se cansa de repetirlo: ella no tiene el centro en sí misma, sino en el Reino. Por eso nos deben preocupar poco las estadísticas de cuántos somos y si crecemos en número o disminuimos: es un falso problema.

"No es un problema ser pocos; el problema sería ser insignificantes, es decir, ser sal que ha perdido su sabor o luz que no ilumina a nadie", nos dijo el Papa en Rabat hace algo menos de tres años. Y nos consoló y orientó mucho, porque nosotros, los cristianos católicos de Marruecos, somos el 0,08% en este país, sólo 30.000 entre 37 millones de habitantes.

Misioneros con... no contra...

La misión que la Iglesia "hereda" de Cristo, el misionero por excelencia, consiste en construir el Reino. Esta misión se lleva a cabo no contra nadie, sino con toda persona de buena voluntad, especialmente con los cristianos de otras confesiones y los creyentes de otras tradiciones religiosas.



Once años pasados y vividos en Marruecos, país de absoluta mayoría musulmana, me han ayudado a descubrir que musulmanes y cristianos no somos la Coca y la Pepsi disputándose el mercado comercial del fenómeno religioso. Que no somos ni adversarios ni contrarios, ni competencia ni concurrencia, ni mucho menos enemigos... Somos hermanos en Adán, en Abraham y en Cristo, aunque ellos no lo reconozcan –ni se reconozcan ellos mismos- como Hijo de Dios.

Vivir la amistad y la fraternidad entre cristianos y musulmanes, aquí en este país, en este tiempo en que muchos quieren enfrentar las civilizaciones y las religiones, ¿no es ya cumplir nuestra misión, no es construir el Reino de Dios, el mundo que Dios quiere?

Tender puentes (ser pontífices, hacedores de puentes) en un momento en que muchos construyen muros, barreras, vallas, fosos y establecen y refuerzan fronteras, ¿no es la manera de contribuir a un mundo más fraterno?

La misión no se vive contra nadie, a no ser contra el Maligno y el mal. La misión se vive con el otro que no es como yo, haciendo de la diversidad una oportunidad de enriquecimiento mutuo. La misión se vive en el diálogo, en el encuentro, en las “visitaciones”, yendo, como María, a ayudar a todas nuestras primas Isabeles... pero llevando en nues-

tro interior “al que salva”, a Jesús. La mayor y mejor ayuda que María prestó a Isabel no fue el cocinar o lavar la ropa, sino llevarle a Cristo (¡pero mientras tanto, en lo concreto, barría, lavaba y zurcía!!!)

¿Sabemos qué nos espera?

La pandemia y el virus nos cambia la vida; las nuevas tecnologías nos la complican o nos la simplifican; el cambio climático y el calentamiento global puede acabar con la humanidad; las crisis económicas, sociales y políticas desestabilizan el mundo... ¿Qué quedará? ¿Hacia dónde camina la humanidad, es decir, nosotros?

Los cristianos tenemos la fe y la convicción de que nos espera la plenitud, de que la humanidad camina hacia su dignificación, completamiento y elevación. Tenemos esperanza, una esperanza activa y comprometida, porque Dios nos ha anunciado “un cielo nuevo y una tierra nueva”, porque “yo hago todas las cosas nuevas, ¿no lo veis?”.

Y aunque el mal nos aparece abundante y evidente, sabemos que el bien es mayor y más fuerte. Lo que ocurre es que “hace más ruido un árbol que cae que un bosque que crece”. Pero por cada árbol que cae, hay millones, bosques enteros, que crecen silenciosamente, positivamente...

En su visita a Casablanca (Marruecos) el 19 de agosto de 1985, San

Juan Pablo II dijo en la homilía, en la misa con 2000 cristianos: “La obra realizada continuará, o puede ser que no continúe. Pero lo que permanece siempre es ese testimonio de amor que habréis podido dar en nombre de Cristo. El Espíritu de Dios arraiga en el corazón de aquellos con los que ejercitáis la caridad en los actos concretos de cada día; ese amor que os anima a trabajar en todas las obras humanas de este país”

Vivir en el amor

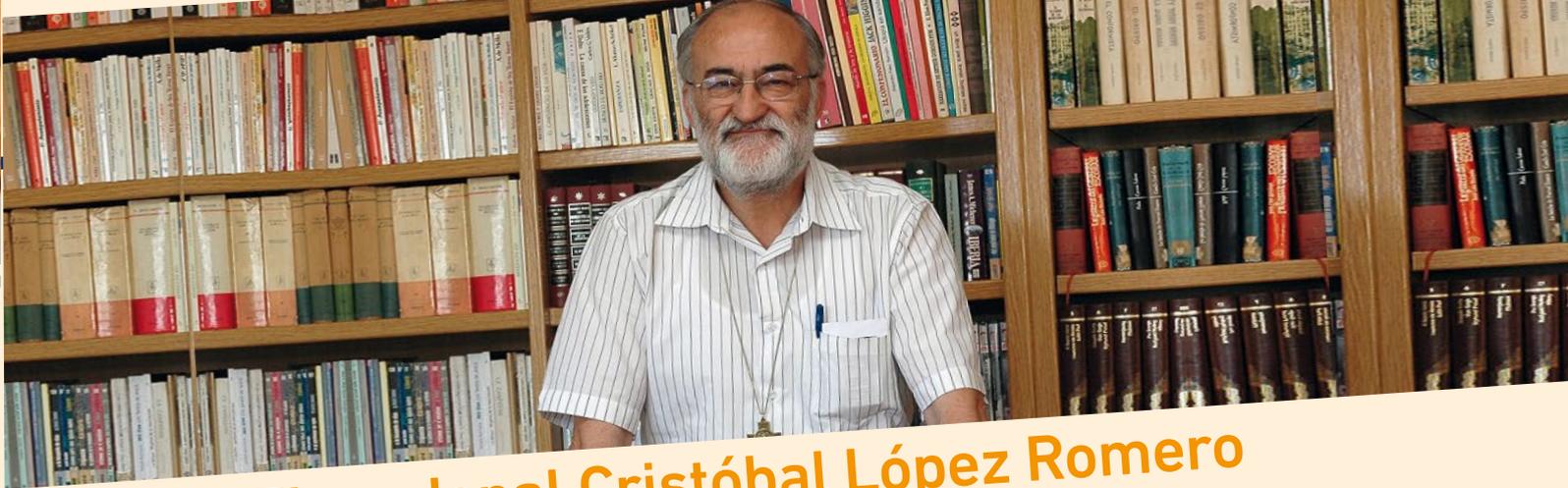
“Ambicionad los carismas mejores”, nos dice San Pablo. Y luego explica que la fe desaparecerá, así como también la esperanza. Quedará el amor, sólo el amor. Pero un Amor con mayúscula, un Amor que es Dios, un Dios que nos espera para compartir su Vida con nosotros al cien por cien... Porque lo que ahora vemos, lo vemos como en un espejo...Entonces se manifestará en plenitud lo que somos. Mientras tanto recorreremos nuestro itinerario terreno personal en calidad de peregrinos, de discípulos-misioneros, aprendiendo y enseñando, recibiendo y dando, cayendo y levantándonos, siguiendo a Cristo con la cruz a cuestas (Él y nosotros, cada uno con la suya).

¿Serviría acabar diciendo que alguien que no ama no es misionero? ¿Que ser misionero consiste en amar y en hacer del Amor el sentido de nuestra vida? Pues si sirve, ahí queda. Al llegar a Rabat como obispo dije a las personas que me recibieron y participaron de mi ordenación episcopal: “He venido para amaros” Y no tiene nada de extraño ni de original, porque todos, todos, hemos venido a este mundo para amar y ser amados, para dar y recibir amor, para vivir en el Amor.



El cardenal Cristóbal López Romero, con el Papa Francisco en Rabat

Cardenal Cristóbal López Romero



El cardenal Cristóbal López Romero opina sobre:

la devolución de menores

“Aceptaría la devolución de menores migrantes si ésta fuera fruto de un consenso entre la familia y los dos estados, asegurando al menos una acogida respetuosa en su familia y unas condiciones de vida dignas que garanticen su desarrollo y crecimiento integral.

Pero “expulsar” a menores en forma indiscriminada y sin garantías es una irresponsabilidad y falta de humanismo”.

la crisis migratoria

“¿Cuál crisis y qué migración? ¿La de 20 millones de italianos que huyeron del hambre y la pobreza estableciéndose en América Latina, Australia o Norteamérica? ¿La de millones de españoles que curran por años en Francia, Alemania y Suiza? ¿La de millones de palestinos, sirios, libaneses, iraquíes y afganos que han tenido que dejar sus países a causa de las guerras que todos conocemos? ¿La de los polacos que trabajan en Inglaterra y Alemania? ¿La de los millones de paraguayos y bolivianos que viven y trabajan en Argentina? ¿La de los centroamericanos y mexicanos en Estados Unidos? Es que a veces se habla del fenómeno migratorio como de algo nuevo. Las migraciones han existido siempre y son un fenómeno social, político y económico que afecta a los cinco continentes.

No hay “crisis migratoria”, sino crisis de solidaridad, de fraternidad, de apertura al diferente, de confianza en el otro. No hay crisis migratoria sino políticas egoístas, mezquinas y cerradas de parte de los países ricos (Europa, Norteamérica...) en relación a los países pobres. Hay aporofobia, fobia a los pobres... ¿Se queja alguien de los 50.000 italianos que hay en Barcelona? No, porque no son pobres. ¿Se quejan en mi pueblo y en otras localidades de Andalucía de los muchos ingleses que invaden los campos, compran los cortijos y se gastan los dineros en los bares del pueblo? No, porque traen dinero en los bolsillos.

No hay crisis migratoria: hay crisis políticas, hay crisis económicas, hay crisis sociales. Y todas esas crisis, nacionales e internacionales, provocan el fenómeno multiseccular de las migraciones. Si alguien al hablar de “crisis migratoria” se refiere a que 10000 personas entran en Ceuta en tres días, es que es cegato y corto de vista.

Por cierto, ¿han leído la famosa “Declaración universal de los Derechos Humanos” (10 de diciembre de 1948)? Pues el artículo 13 dice: 1. Toda persona tiene derecho a circular libremente y a elegir su residencia en el territorio de un Estado. 2. Toda persona tiene derecho a salir de cualquier país, incluso del propio, y a regresar a su país. Debe ser que, porque es el número 13 y hay muchas supers-

ciones en relación a ese número, muchos se lo saltan”.

los refugiados

No tengo ni mucha experiencia ni demasiado conocimiento sobre este tema, pero creo que el número de asilos y de refugios aceptados por los estados (entre ellos España) es ínfimo en relación a las demandas presentadas. Entiendo que se deba estudiar caso por caso y que hay mucho intento de fraude en este tema... pero también hay egoísmo, miedo y cerrazón.

Cuando la guerra de Siria originó miles de personas en busca de refugio, España se comprometió a aceptar 17.000... Al cabo de dos años no había acogido ni siquiera 3.000. Lamentable.

la situación en Afganistán

No tengo ninguna simpatía por los talibanes, pero menos por quienes los “engendraron”. No hay que olvidar que fueron los Estados Unidos quienes propiciaron la organización y el armamento de fuerzas rebeldes (luego llamadas talibanes) para luchar contra la invasión rusa en Afganistán.

Expulsados los rusos, los talibanes se volvieron contra Occidente y su estilo de vida. O sea, que cría cuervos y te sacarán los ojos. Mucha hipocresía y poca vergüenza (de parte de Estados Unidos y de Occidente).